

tado en Castilla como heredero, y se presentó como conquistador. No contento con haber dado la soberanía de Castilla con título de rey á su hijo Fernando, no satisfecho con haberle casado con la hermana de Bermudo de Leon, y con los derechos eventuales á esta corona, no tiene paciencia el viejo monarca navarro para esperar á estas eventualidades, calcula sobre su vitalidad, y como temiese que el jóven monarca leonés pudiera tener mas hijos que días pudiese él vivir, busca un pretesto para romper la paz, le invade sus estados y se titula rey de Leon. ¡Cuán otra hubiera sido la suerte de los reinos cristianos si Sancho el Grande de Navarra hubiera empleado su brazo y sus armas contra los sarracenos en vez de emplearlas contra los príncipes sus propios deudos y correligionarios! Un acto de justicia, de justicia terrible, hizo Sancho en Castilla, quemando vivos á los Velas, los asesinos del conde García, cuya muerte le valió tan grande herencia. A veces un mismo hombre es al propio tiempo perpetrador de injusticias y castigador de crímenes, al modo de aquellas plantas cuyo jugo es á las veces mortífero veneno, á las veces medicina salvadora.

Muere el gran monarca navarro, á quien es lástima que tengamos que llamar usurpador, y Bermudo III. de Leon recobra fácilmente su córte y parte de sus estados: ¿para qué? para malograrse jóven en la batalla de Tamaron, no al golpe de las cimitarras

agarenas, sino atravesado por la lanza del esposo de su hermana; y Fernando debe á la muerte dada al hermano de su esposa el ceñirse las dos coronas de Leon y de Castilla. ¡Triste y lamentable felicidad! Este primer paso hácia la unidad nacional es producto de una guerra fratricida; y la ilustre estirpe de los reyes de Asturias y de Leon, de los sucesores de los Ordoños y Ramiros, de Alfonso el Grande, del Casto, del Católico, de Pelayo, de Wamba y de Recaredo, esta esclarecida dinastía godo-hispana que no han podido acabar en mas de tres siglos de lucha todas las fuerzas, todo el poder de los agarenos, se extingue con Bermudo en su línea varonil, como la de los condes de Castilla, en lid sangrienta con príncipes cristianos, con príncipes españoles, con deudos, con hermanos suyos. ¡Deplorable fatalidad de España!

¡Y si al fin hubieran terminado con esto las funestas discordias! Pero el espíritu de ambicion, de envidia y de rivalidad estaba como encarnado en las familias de nuestros príncipes, y la famosa distribución de reinos de Sancho el Mayor de Navarra, bien que la supongamos hecha con la mejor fé, no hizo sino desarrollar aquel gérmen de division y de muerte. No bien habia descendido á la huesa aquel padre de reyes, cuando ya dos de sus hijos, Ramiro y García, de Aragon y de Navarra, habian blandido sus lanzas para combatirse y despojarse mutuamente. Ramiro habia llevado en su ayuda gente infiel y estran-

gera contra un hermano, español y cristiano como él. Aquel mismo García que en la batalla de Tamaron había lidiado en favor de su hermano Fernando de Castilla contra el cuñado de éste Bermudo de Leon, conspira mas adelante contra Fernando, le arma asechanzas, le tiende lazos, en que al fin vino á caer el mismo que los tendia: *incidit in foveam quam fecit*. Por último le mueve una guerra imprudente y obstinada, lleva consigo auxiliares sarracenos para pelear contra su hermano, como antes los llevó contra él su hermano Ramiro, y se da el combate en que recibe García el castigo de su temeraria provocacion. Fernando de Castilla que habia visto en Tamaron caer á sus pies al hermano de su esposa, ve en Atapuerca sucumbir el hijo de su mismo padre. ¡Tristes victorias las de Fernando! La una cubre de luto á Leon, la otra á Navarra: en cada una perece un hermano. ¿Necesitaremos ya investigar las causas por que no progresaba como debia la reconquista?

Y sin embargo no es Fernando el culpable; ambas veces ha sido provocado: Fernando es un príncipe generoso: tiene á sus pies la corona de Navarra y no la recoge; le dice á su sobrino Sancho: «cúñetela tú, que harto severa leccion has recibido con la muerte de tu temerario padre.» Fernando sabe á quiénes ha de mirar como verdaderos enemigos de su patria, y tan pronto como las turbulencias intestinas se lo permiten sale á combatir los musulmanes

Toma á Cea, Viseo, Lamego y Coimbra, y despues de conducirse como guerrero intrépido comienza á obrar como gran político. Pruébalo un hecho importantísimo, en que no han parado la consideracion nuestros historiadores. Dueño Fernando, por la capitulacion de Coimbra de todo el territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, dejó á los moros que habitaban aquel distrito vivir en tranquilidad, regidos por sus propias leyes, aunque sujetos al monarca cristiano y pagándole un tributo. Llamáronse *mudejares*, como se llamaban *mozárabes* los cristianos que vivian con iguales condiciones en territorios dominados por los árabes. Gran novedad en la historia de ambos pueblos, y principio de tolerancia por primera vez practicado despues de tres siglos de lucha.

Igual conducta observa despues con los reyes de Toledo y de Sevilla. Cuando lleva el teatro de la guerra al primero de estos reinos, destruye, dismantela, demuele, tala, incendia y cautiva. Es el capitán brioso que subyuga á fuerza de armas el pais enemigo, es el guerrero que vence y aterrã. Mas cuando los moradores de Alcalá invocan en su apurada situacion el socorro de Al Mamun, cuando el rey mahometano se presenta en el campo del victorioso monarca de Castilla y le ofrece tributo y le presenta cuantiosos dones á trueque de que no hostilice mas sus pueblos, entonces Fernando obra ya como gran político, y comprendiendo cuan útil podrá serle la alianza del mu-

súlman y contento con verle humillado, ostenta una generosidad que deja obligado y reconocido al de Toledo. Cuando invade los estados del de Sevilla, las huestes castellanas llevan en pos de sí la devastación, el incendio, el esterminio. Entonces Fernando es el conquistador terrible. Mas cuando el rey Ebn Abed sale á encontrarle ofreciéndole dádivas y presentes, y se resigna á darle párias y concede á entregarle los cuerpos de dos santas mártires que los cristianos le reclaman, entonces Fernando vuelve á ser el vencedor generoso y el monarca político: y sepáranse ambos reyes satisfechos, el de Sevilla con haber conjurado á costa de una humillación la tormenta que amenazaba á su trono y sus dominios, el de Castilla con la superioridad moral que parecía entrar en su sistema con preferencia á las adquisiciones materiales, y que le valió el título de *par de emperador* que le dan algunas crónicas cristianas.

Por resultado de aquel concierto vió por segunda vez la España mahometana, humillada y silenciosa, la conducción pacífica de las reliquias de un santo desde Sevilla á Leon, como en tiempo del tercer Alfonso había visto conducir las del mártir Pelayo desde Córdoba á Oviedo. Aquello pudo atribuirse á la condescendencia de un califa, cumplidor exacto de una condición de paz, pero jefe de un grande imperio que no podía temer la guerra si se hubiera turbado la procesion religiosa: esto era ya una concesion que la

necesidad arrancaba á un príncipe mahometano para salvar su imperio: porque ¡ay de él, si las cenizas del santo obispo Isidoro no hubieran llegado indemnes á la capital del reino cristiano! La traslación de aquellas reliquias dió ocasion á Fernando para acreditar á sus súbditos que el vencedor de Bermudo de Leon y de García de Navarra, que el conquistador de Viseo y de Coimbra, que el humillador de los reyes de Toledo y de Sevilla, que el reformador del clero en Coyanza, era el príncipe religioso que reedificaba templos, que los dotaba con esplendidez y los enriquecía con los cuerpos de santos ilustres traídos de las mas populosas ciudades musulmanas. Hace mas: Fernando da un banquete al clero, y el príncipe coronado de victorias, el rey de Castilla, de Leon y de Galicia, depone espontáneamente su grandeza, y sirve á la mesa á los convidados, apareciendo mas grande cuanto mas se humilla, y avasallando mas los corazones cuanto mas parece querer nivelarse con el postrero de sus vasallos.

Se ve pues bajo Fernando I. el Magno al reino unido de Castilla y de Leon alcanzar una importancia, una solidez y una superioridad cual no había tenido nunca todavía. Y eso que la muerte robó á España y á la cristiandad tan insigne príncipe cuando amenazaba hacer tremolar el estandarte de la cruz sobre los adarves de Valencia. Piadoso y devoto en todo el discurso de su gloriosa vida, modelo de unción, de

virtud y de humildad religiosa en el acto de dejar el cetro para despedirse de este mundo, no sabemos cómo la iglesia no decoró al primer Fernando de Castilla y de Leon con el título con que honra á sus mas esclarecidos hijos, y que muy merecidamente aplicó mas adelante al tercer monarca de su nombre.

Que fué funesta la distribucion de reinos que hizo Fernando á ejemplo de la particion de su padre, lo dijimos ya. ¿Pero le haremos por ello un cargo tan severo como el que algunos modernos críticos pretenden hacerle? Acaso no fué solo un exceso de amor paternal el que le movió á obrar de aquel modo: tal vez conociendo Fernando la tendencia de cada conde y de cada magnate á la independenciam, creyó que la mejor manera de reprimir aquel espíritu de insubordinacion y de precaver una desmembracion semejante á la del imperio árabe, era dejar á cada uno de sus hijos una monarquía mas limitada y que pudiera mas fácilmente vigilar. ¿Quién sabe si se propuso, designando á cada hermano una porcion casi igual de territorio, contentar á todos, y prevenir aquellas rivalidades y envidias que estallaron despues? No lo estrañaríamos, aunque los sucesos acreditaron lo errado del cálculo. Lo que no comprendemos es cómo á Fernando se le ocultó el genio ambicioso y discolo de su hijo Sancho, y cómo no conoció la falta de capacidad y de virtud para gobernar de su hijo García. ¿Pero se hubieran acallado las ambiciones y evitado

las discordias si hubiera caido toda la herencia en uno solo? Confesemos que en aquellos tiempos era una desgracia para el pais el que un monarca muriese dejando muchos hijos. Recordemos las conspiraciones de familia que mortificaron á los reyes de Asturias, las conjuraciones de hermanos que perturbaron el sosiego de los monarcas de Leon: volvamos la vista á Navarra y Cataluña, veremos los mismos odios de hermanos y las mismas catástrofes. Si las guerras que sobrevinieron se hubieran circunscrito á los tres hijos de Fernando, podríamos creer que el germen de las disidencias habia estado todo en las partijas que aquel hizo de su reino. Mas cuando vemos á Sancho de Castilla, no bien cubierta la hoya en que reposaban las cenizas de su padre, en guerra ya con sus primos, los Sanchos de Navarra y Aragon; cuando le vemos, despues de dejarse arrastrar de la codicia hasta llevar las lanzas castellanas contra dos débiles mugeres, ir á inquietar en sus limitadas posesiones de Toro y de Zamora á sus dos hermanas Elvira y Urraca, ¿cómo no hemos de atribuir estos males, mas que á culpa del padre, al natural turbulento, codicioso, avieso y desnaturalizado del hijo?

Este despojador de reinos, azote de su familia, que habia desenvainado su espada contra dos primos y cuatro hermanos, cuando ya no le faltaba sino una hermana á quien despojar, se estrelló ante la constancia de una muger fuerte, y en el cerco de Zamora

halló el condigno castigo de su desmesurada codicia. El venablo de un traidor puso fin á sus dias al pie de los muros de la única ciudad que le restaba para redondear el despojo de toda su familia, sin que le valiera estar mandando un poderoso ejército ni tener á su lado al tipo del valor y de la intrepidez, Rodrigo el Campeador. No pretendemos indagar por qué la Providencia se vale á veces de los criminales como instrumento para castigar á los que se desvian de la senda de la humanidad y de la justicia, pero es lo cierto que suele emplearlos para sus altos fines. ¿Tuvo Urraca alguna participacion en el trágico término de su hermano? Asi lo espresaba uno de los epitafios que se dedicaron á la memoria de Sancho el Bravo (1). Nosotros no hallamos bastante justificada tan grave inculpacion, pero tampoco nos atreveríamos á salir garantes de su inocencia, ni estrañaríamos no hallarla pura, atendido su justo resentimiento y lo mal parados que en aquel siglo andaban los afectos de la sangre.

La muerte de Sancho el Bravo valió á su hermano Alfonso tres coronas por una que aquel le habia arrancado. Las vicisitudes dramáticas de Alfonso VI. son como el trasunto de la fisonomía de su época. Rey de Leon, inquietado por un hermano codicioso, vencedor

(1) En uno de los ángulos de su sepulcro en Oña se leía el epitafio siguiente: *Rex iste occisus fuit, proditore consilio sororis suæ* *Urracæ apud Numantiam civitatem per manum Belliti Adolphis magni traditoris.*

y vencido en las márgenes del Carrion y del Pisuerga, despojado del trono, acogido á un templo, preso en un castillo de Burgos, monje de Sahagun, fugado del claustro, prófugo en Toledo, agasajado por un rey musulman, brindado en su destierro por leoneses, gallegos y castellanos con las coronas de los tres reinos, aliado y auxiliar de un rey mahometano (el de Toledo) para destronar á otro rey mahometano (el de Sevilla), en amistad despues y en alianza con el de Sevilla para destronar al de Toledo: favorecido y obsequiado del padre (Al Mamun), y derrocando del trono al hijo (Yahia), dueño y señor de la antigua córte de los godos donde antes habia recibido hospitalidad de un árabe, Alfonso VI. representa y compendia en este primer período de su dramática historia la vida, las costumbres, el manejo, las condiciones de existencia de hombres y pueblos en aquella época turbulenta y crítica.

¿Qué contraste tan desconsolador forma la noble y generosa conducta de Al Mamun el de Toledo con la de Sancho de Castilla para con Alfonso! El uno arranca el cetro á su hermano, el otro, siendo un infiel, acoge y trata al príncipe destronado como á un hijo; el hermano encierra al hermano en un castillo, el mahometano le da palacios y jardines para su recreo: cuando por la muerte de Sancho quedó vacante el triple trono de Castilla, Leon y Galicia, Al Mamun tenia en su poder el único príncipe llamado á ocupar-

le, y sin embargo en vez de retenerle, en vez de aprovechar para sí aquella horfandad de los reinos cristianos para acometer cualquiera de ellos; ayuda á Alfonso con todo género de medios para que vaya á ceñir sus sienes con las coronas que le esperan; en cambio de tanta proteccion solo le pide su amistad. Este proceder de Al Mamun, que nos recuerda el de Abderrahman el Grande con Sancho el Gordo, revela los instintos generosos de aquella noble raza árabe que se iba á extinguir en España, al propio tiempo que la tolerancia que había ya entre árabes y españoles, que aparte de la religion llegaban á rivalizar en hidalguía. Alfonso VI. como monarca español y cristiano hizo un bien inmenso á España y á la cristiandad con la conquista de Toledo: como amigo jurado de Al Mamun parece que deberian haber alcanzado al hijo las consideraciones de que era deudor al padre: aquél hijo no obstante no había sido comprendido en el asiento de alianza, los toledanos mismos reclamaron ser libertados de su opresion por el monarca de Castilla, y Alfonso pudo, sin romper juramento hacer aquel servicio inmensurable al cristianismo y á la libertad española, y redimir al propio tiempo á los musulmanes que le invocaban.

El célebre juramento tomado á Alfonso en el templo de Santa Gadea de Burgos patentiza toda la arrogancia de la nobleza castellana. Sin embargo solo se encontró un caballero que se atreviera á tomárselo,

Rodrigo Diaz: se ha ensalzado á coro este hecho del Cid como un rasgo de heróico valor cívico; lo fué, y con ello dió el Campeador un testimonio de la grandeza de su alma; pero tambien fué un rasgo de audacia insigne el humillar á un monarca haciéndole que jurase por tres veces no haber tenido participacion en la muerte de su hermano: audacia que el Cid, menos acaso que ningún caballero alguno, hubiera debido permitirse: porque Alfonso pudo haberle demandado á su vez: «¿Y jurais vos, Rodrigo, no haber tenido parte en la alevosía de Carrion, en aquella funesta noche en que mi hermano Sancho, por consejo vuestro, despues de vencido pagó mi generosidad degollando á mis soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono? ¿Jurais vos estar inocente de aquella negra ingratitud que costó tan noble sangre leonesa, y que me hizo cambiar mi trono por una prision, mi córte por un claustro, y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?» No sabemos qué hubiera podido contestar el Cid, si de esta manera se hubiera visto apostrofado por el mismo á quien tan arrogantemente juramentaba. No lo hizo Alfonso, contentándose con guardar secreto enojo á Rodrigo Diaz, enojo que hallamos fundado, si bien sentimos que le llevara, como en otra parte hemos dicho ⁽¹⁾, mas allá de lo que reclamaba el inte-

(1) Discurso preliminar.